

vinculada directamente a la Dirección Nacional de Juventudes, y en el que participaron autores tan destacados como Manuel Fraga Iribarne, Gonzalo Torrente Ballester o Torcuato Fernández Miranda, por citar sólo a algunos de ellos. Estos textos escolares de principios de los años sesenta supusieron algunas novedades reseñables en la manualística española. Por una parte, destacan por lo cuidado de su edición (tipo de papel, cubierta de cartón, imágenes a distintos colores, etc.), bastante infrecuente en aquellos años. Por otra, sus tiradas, tal como se indica en algunas de sus contraportadas, llegan a los 30.000 ejemplares, y las reediciones se repiten anualmente. Escasos manuales escolares de estos años, excepción hecha de algunas muy conocidas enciclopedias destinadas a la educación primaria, llegaban a estas cifras. Cabe pensar, pues, que éste fue un buen negocio editorial del que se beneficiaron tanto la Falange como los autores de los manuales. Entre otras cuestiones, hubiera sido interesante averiguar las circunstancias en que se tomaron estas decisiones así como las instancias y las motivaciones que estuvieron presentes a la hora de realizar la selección de los autores finalmente elegidos.

En síntesis, la investigación ahora publicada nos permite profundizar en una de las menos conocidas variantes del sistema educativo franquista, así como constatar, de forma mucho más documentada, el carácter progresivamente marginal de la influencia del falangismo en la enseñanza y su deterioro constante a favor de la *familia católica* y de las corrientes políticas más institucionalmente franquistas.

RAFAEL VALLS MONTÉS

D'ORS, Eugenio: *Trilogía de la «Residencia de Estudiantes»*, edición preparada por Alicia García Navarro y Ángel d'Ors, Presentación de Álvaro d'Ors, Pamplona, EUNSA, 2000, 117 pp., 11 x 18 cm, ISBN 84-313-1768-X.

Lamentablemente no poseemos todavía una edición de las obras completas de

Eugenio d'Ors. Es verdad que últimamente se está procediendo a la catalogación y edición de su obra catalana, pero lo cierto es que no gozamos de una versión global de su amplia literatura que, por otra parte, constituye un gran esfuerzo renovador que hay que inscribir en el panorama intelectual de la generación española de 1914. No por casualidad Eugenio d'Ors y José Ortega y Gasset constituyen dos figuras destacadas de aquella generación deseosa de renovar intelectualmente la España contemporánea. Ambos autores se preocuparon por las mismas cuestiones, ejerciendo una notable influencia sobre la juventud española. De hecho recurrieron al publicismo (Xenius a través de su *Glosario* y Ortega por medio de la *Revista de Occidente*) a fin de divulgar sus ideas. Ahora bien, ambos filósofos confirieron a su pensamiento una orientación peculiar ya que si el joven Ortega —bajo la influencia del neokantismo de la Escuela de Marburgo— optó por una solución de carácter ético que apela a la pedagogía social como programa político, Eugenio D'Ors elige la Belleza —y por ende, la vía estética— para configurar su filosofía «novecentista» que, con sus postulados clásicos y arbitrarios, se presentó en clara oposición al romanticismo imperante en el siglo XIX. En cualquier caso, D'Ors y Ortega rompen con el casticismo de la generación del 98 presentando unos proyectos modernizadores en sintonía con las últimas corrientes de pensamiento surgidas en Europa.

En esta ocasión, se reúnen las tres conferencias (*De la Amistad y del Diálogo, Aprendizaje y Heroísmo, Grandeza y Servidumbre de la Inteligencia*), dictadas por D'Ors en la Residencia de Estudiantes de Madrid en 1914, 1915 y 1919, respectivamente. Las relaciones entre Xenius y la Residencia de Estudiantes se inician en 1914, poco después del fracaso orsiano a las oposiciones a la cátedra de Psicología de la Universidad de Barcelona que ganó, finalmente, Cosme Parpal. De entre los cinco miembros de aquel tribunal sólo uno —Ortega y Gasset— manifestó sus simpatías por Xenius otorgándole su voto. De ahí que un grupo de intelectuales madrileños invitase a D'Ors, a manera de desagravio, para impartir en

1914 la primera de estas conferencias que versa, precisamente, sobre el tema de la amistad y el diálogo.

Pero a pesar de esta invitación (que se repitió en otras dos ocasiones), hay que añadir que Xenius se mantuvo alejado de los planteamientos de la Institución Libre de Enseñanza a pesar que, a partir de 1922, se asentó definitivamente en Madrid. De hecho, sus contribuciones en el *Boletín de la Institución* fueron escasas distanciándose, asimismo, de los planteamientos de Francisco Giner de los Ríos. En la presentación de este volumen, Álvaro D'Ors indica que la personalidad de su padre no pertenecía al ambiente institucionista «siendo Xenius como era un católico y un hombre del Mediterráneo». En opinión de Álvaro D'Ors, la Institución no arraigó en Cataluña porque su «misión» fue asumida por el Proyecto del «Noucentisme». Había —continúa don Álvaro— una cierta afinidad de ideales éticos con Giner, aunque los de éste no fueran católicos y resultaran algo excesivamente «ibéricos» para el talante orsiano. Pero no sólo existió una coincidencia ética, sino también estética ya que, al igual que la gineriana, la ética orsiana se identificaba con la estética. Era una vuelta al ideal helénico del hombre educado en la *paideia* de virtud y belleza inseparables, el ideal del *aner kalos kai agathos*. De ahí, pues, una cierta afinidad entre la pedagogía de Giner y la orsiana: también era común en ambos —Giner y D'Ors, sin olvidar a Ortega— la demanda de un europeísmo que superase los planteamientos de la generación del 98. Lo que separaba a Giner de Xenius era la teología ya que como ésta se encuentra siempre en el fondo de toda idea política, la singular idea orsiana de «imperio» resultaba incomprendible para los institucionistas que tuvieron a Eugenio D'Ors como «enemigo». Pero a pesar de ello, el mismo Álvaro D'Ors recuerda la presencia de una simpática fotografía de Giner, con su barba y su camisa blancas, en su biblioteca familiar lo cual confirma el respeto y la admiración de Eugenio D'Ors por el promotor de la Institución.

Los textos que ahora se recuperan habían aparecido hace una veintena de

años —con ocasión del centenario del nacimiento de Xenius— ya que fueron incluidos en una edición de sus *Diálogos* que corrió a cargo de Carlos d'Ors y que contó con un prólogo de Jaime Ferran (Madrid, Taurus, 1981). En aquella ocasión, la trilogía se publicó, junto a otros textos, bajo el epígrafe de *Diálogos con los estudiantes*. La diferencia entre ambas ediciones radica en el hecho de que en esta ocasión se han incorporado una serie de modificaciones en el texto de *Grandeza y Servidumbre de la Inteligencia*. D'Ors había corregido unas galeradas en las que introdujo unos cambios que jamás salieron a la luz. Así pues, la versión actual responde a las variaciones introducidas por el autor en las diversas secciones —primitivamente sólo numeradas y ahora con epígrafes— de sus conferencias *De la Amistad y del Diálogo y Aprendizaje y Heroísmo*. No hay duda que Xenius —siguiendo una tradición que va de Lull a Maragall— se nos presenta como un maestro del diálogo, género que cultivó —tanto en catalán como en castellano— en su famoso *Glosario*. El diálogo mental fue un factor común en toda su obra de manera que la estructura dialógica es característica principal en el pensamiento filosófico y en la expresión literaria de Eugenio d'Ors: diálogo de una filosofía con otra, de un hombre con otro e, igualmente, diálogo interior con uno mismo. Nuestro autor utilizó diversos seudónimos —Xenius, Octavio de Romeu— que afloran, repetidamente, en sus escritos. No en balde, Eugenio d'Ors fue considerado el Sócrates de la moderna España ya que —al igual que el padre de la mayéutica— piensa hablando y habla pensando.

En cualquier caso, el quehacer intelectual de Eugenio d'Ors surge del contacto y del constante diálogo con su maestro, el poeta Juan Maragall, quien fue su padrino de boda. Si Maragall representaba la generación modernista y el espíritu del 98 en Cataluña, la figura de Eugenio d'Ors se perfila como el propulsor de un moderno proyecto de reforma cultural que él mismo distinguió como obra civil, es decir, a modo de una reforma social integradora a partir de la idea de ciudad (*polis*). Al igual que los miembros de la *École Romane*, que

propugnaron un retorno a las raíces clásicas, Cataluña había de contactar con la historia greco-latina. Esta tradición, a su vez, condiciona las características esenciales de la civilización mediterránea que se convierten en un principio moral. A decir verdad, lo que propone D'Ors es un nuevo estado de espíritu capaz de acoger todos los ámbitos del vivir, tanto material como espiritual: el Humanismo (Laura Mercader, *Eugenio D'Ors del arte a la letra*, Madrid, Centro de Arte Reina Sofía, 1997).

De ahí que el diálogo orsiano —cultivado desde su juventud al lado de Maragall— converja en una auténtica heliomaquia (lucha por la luz) ya que, desde el comienzo, Xenius desea intervenir activamente en el discurso generacional, sintiendo la necesidad de encauzarlo y de modelarlo, es decir, de definirlo. Liquidar el siglo XIX con sus manifestaciones naturalistas y románticas e instaurar un nuevo orden de armonía clásica, de cultura y civilización, es una empresa que ha de empezar por algo tan sencillo como la Obra Bien Hecha. Álvaro d'Ors recuerda que quizás esta capacidad de armonizar contrarios —del clasicismo con el barroquismo siempre presentes en la obra orsiana— fue lo que permitió a la filosofía orsiana, esencialmente irónica, la superación del principio de contradicción. Una dualidad que no es dilema, sino diálogo. Para todo descendiente de Grecia, el hablar va unido al pensar: el hablar no se da aislado del pensar.

Diálogo y heliomaquia constituyen, pues, los dos pilares de una arquitectónica intelectual proclive a la modernización de la juventud española. Por ello, a lo largo de sus tres conferencias —que marcan los tres momentos de la filosofía ética/estética del autor— se puede detectar un hilo conductor ya que la capacidad para dialogar aparece como presupuesto de la amistad. En efecto, después de denunciar la incapacidad hispánica para el diálogo (*De la Amistad y del Diálogo*), se ofrece en *Aprendizaje y Heroísmo* el ideal de exaltación del trabajo profesional y de su honesto aprendizaje como oficio aristocrático y máximo título de dignidad cívica. Probablemente, este texto constituye una de las mejores páginas de la filosofía de la

educación de la cultura española del siglo XX en la que se combate abiertamente la pedagogía romántica que surge de Rousseau para presentar, a modo de alternativa, otra orientación que encuentra sus orígenes en el *Gargantúa* de Rabelais. La Obra Bien Hecha no es hija del romanticismo, sino del Renacimiento del siglo XVI y, por ende, del ideal clásico de Belleza que no quiere decir ornamento, sino «armonía y adecuación delicada de la cosa a su destino».

Para Eugenio d'Ors, el peligro de la pedagogía está, como en tantas otras cosas, en el romanticismo. En su cruzada contra el romanticismo pedagógico, Xenius reivindica la memoria, el esfuerzo, el dolor. Todo apunta hacia la formación de una nueva aristocracia generada por el trabajo y el ejercicio de la profesión. Las repúblicas antiguas sabían apreciar mejor los oficios y las artes, aspectos que la sociedad industrial ha pervertido y olvidado. Sólo queda un camino: la senda del aprendizaje y de la disciplina ya que *profesión y amor* son las dos manifestaciones reveladoras de la personalidad humana. Desde aquí se puede entender la famosa peroración orsiana: «Todo pasa. Pasan pompas y vanidades. Pasa la nombradía como la oscuridad. Nada quedará a fin de cuentas, de lo que hoy es la dulzura o el dolor de tus horas, su fatiga o su satisfacción. Una sola cosa, Aprendiz, Estudiante, hijo mío, una sola cosa te será contada, y es tu Obra Bien Hecha».

Finalmente, como coronación de su exaltación al trabajo y su compromiso con la Obra Bien Hecha, Eugenio D'Ors concluye en *Grandeza y Servidumbre de la Inteligencia* que lo propio de la inteligencia —y en consecuencia, del trabajo intelectual— es la función de la totalidad. «El limitado a su profesión, esclavo es de su profesión. Sólo puede apagarle su deseo de ser completo, su sed de totalidad, la Inteligencia». Si la función de totalidad puede denominarse «Cultura», este término viene ya anunciado por las notas de inteligencia, amistad y dignidad del trabajo. En palabras de Álvaro D'Ors, una cultura que se define por el Amor, la Inteligencia y el Oficio. Éste fue, al fin de cuentas, el mensaje que quiso transmitir Eugenio D'Ors en esta

trilogía parlamentaria a los oyentes de la Residencia de Estudiantes durante la segunda década del siglo XX. Un mensaje que, por sus dimensiones y connotaciones, se nos antoja de una total actualidad.

CONRAD VILANOU

*Encounters on education = Encuentros sobre educación = Recontres sur l'éducation*, «Building common spaces: citizenship and education in Canada and Spain», Winnipeg, Manitoba, Canadá, Faculty of Educación, The University of Manitoba y Madrid, España, Departamento de Teoría e Historia de la Educación, Universidad Complutense, volumen I (otoño 2000).

En la encrucijada de entresiglos, y a modo de quicio que pretendiera ligar los tiempos del ser humano —pasado, presente y futuro—, emerge la revista anual *Encounters on education*, sugerente por tantas cosas: por su mismo título —*Encuentros sobre educación*—, por su finalidad —«pretende establecer un diálogo crítico entre investigadores de la educación en Canadá, España y América Latina, a la vista de los procesos de internacionalización y de globalización económica»—, por el protagonismo editorial compartido por dos centros universitarios tan distantes en lo geográfico —Manitoba y Madrid— pero simbolizando, quizá, con ello que el encuentro y el diálogo carecen de fronteras, que la educación no es ajena en absoluto a la internacionalización y la globalización, y que nuestras sociedades presentan similares problemas a solucionar y parecidos retos a conseguir.

Sugeridora la revista en general por lo antedicho, lo es también en este caso particular por el tema elegido para su primer número de presentación ante la comunidad académica: «Construyendo espacios comunes: Ciudadanía y Educación en Canadá y España», un enunciado éste en el que no sobra absolutamente nada, sino, antes bien, donde se manifiesta una necesidad perentoria

en nuestras sociedades: la edificación entre todos de lugares de y para todos, la erección de espacios comunes. Y el sustantivo «todos» no excluye a nadie, tampoco a los que nos precedieron en el pasado, en cuyo sentido la revista quiere abordar el análisis de los problemas educativos y sus contextos desde el punto de vista tanto de la teoría como de la historia de la educación.

En efecto, construir espacios comunes es la exigencia, y la educación cívica se nos presenta como el mejor medio de lograrlo. La pertinencia del tema que aborda la revista nos parece así de una evidencia palmaria, sobre todo en un tiempo en el que se denuncia el declive del sentido aristotélico de la política entendida como la acción común, compartida, concertada y orientada, mediante el diálogo, a los mejores fines de la ciudad; en un tiempo también al que se incrimina por la «delgadez» de la ciudadanía, por la falta de participación directa en los asuntos públicos, por su repliegue hacia la individualidad autocomplaciente, por propiciar la ausencia de búsquedas compartidas y favorecer la «tolerancia pasiva» del «vive y deja vivir» posibilitadora, como dice Tenzer, de consensos de convivencia asentados no en lo que une sino en lo que separa, y necesaria para que la privacidad y la vida individual se desarrollen sin interferencias. Pero sabemos que ésa es una actitud opuesta a la política que, por el contrario, necesita de referentes comunes para que pueda actuar por afirmación y no por negación o por indiferencia, que no otra cosa es el «vive y deja vivir». En este contexto precisamos una educación ciudadana «fuerte», propiciadora de la participación intensa e incentivadora de aquellos valores —actitudes de diálogo y de deliberación conjunta precisas para llegar a acuerdos, espíritu y juicio crítico...— que acompañan la acción política.

Que haya coincidencia en señalar el malestar de la política se debe, en buena medida, por un lado al preocupante cuestionamiento de la democracia —a la que muchos quieren minimalista y estimuladora de una cierta apatía ciudadana en política— y, por otro lado, a la globalización,